

# "Es una batalla de la política contra los mercados"

MANEL PÉREZ

LA VANGUARDIA, 9.05.10

Hace siete días, el domingo pasado, el presidente del Gobierno esperaba visita de campanillas en la Moncloa. Emilio Botín, presidente de uno de los bancos más grandes y con más beneficios del mundo, el Santander, emblema exterior que Zapatero exhibe con orgullo a la menor oportunidad, y el banquero personalmente más cercano a Zapatero, acudía a la presidencia del Gobierno. El quehacer, hablar de economía. Discretamente, fuera de la agenda oficial.

La resaca de la juerga que se habían corrido los mercados a cuenta de la deuda y de la bolsa españolas por el fantasma del contagio griego pesaba como el plomo. Políticamente, el cuestionamiento de Zapatero en España y en el exterior alcanzaba cotas máximas. En la cabeza del banquero, los miles de millones de pérdida de capitalización bursátil del banco desde comienzos de año. (Este último viernes la cifra ascendió a 24.000.)

Botín le expuso al presidente su punto de vista, compartido por la élite financiera y económica, sobre el significado de los últimos acontecimientos, la crisis griega y su alargada sombra sobre la deuda española. El banquero, según aseguran las fuentes consultadas, lo hizo a su manera, confiada y directa, pero alejada de la dinámica política. "El cántabro apuesta por la estabilidad y no le gusta la polarización. Zapatero sabe que el banquero no comparte las ideas de quienes

reclaman elecciones anticipadas, apuesta por la estabilidad política como un factor clave que conservar en las actuales circunstancias", aseguran las mismas fuentes.

La principal preocupación de Botín, y de muchos como él, es conseguir que el Gobierno anuncie a los mercados que dará alguna vuelta de tuerca más a su programa de ajuste y recorte del gasto presupuestario. Ya. Para este año.

Esto fue, en esencia, lo que el banquero habló con el presidente. Zapatero, zambullido desde hace mucho meses en los asuntos económicos, hizo gala de sus nuevos conocimientos, más allá de las cifras esenciales. El resultado, la ya conocida combinación de optimismo, sabía que los datos de paro registrado y de crecimiento del primer trimestre iban a enviar señales de mejora, y de cabreo con los mercados y los especuladores. Aparentemente, ningún cambio de posición: estamos en la senda de la recuperación y lo peor ha pasado.

Al día siguiente, lunes, se reunió con el presidente de la CECA y de La Caixa, Isidre Fainé. Hablaron de las cajas, obviamente, pero también de la situación económica. Y se puede apostar a que el catalán no le presentó un escenario muy diferente del que le había dibujado la víspera su colega de las finanzas.

El martes, la tormenta descargó con furia renovada. El Ibex cayó más del 5% y el coste de la deuda alcanzó máximos. El chaparrón pilló a Zapatero en Bruselas. Su semblante cansino y desencajado mientras denunciaba a los esparcidos de falsos rumores sobre España revelaba esfuerzos quijotesco, voluntaristas, frente a unos mercados que ya habían dictado

sentencia. La realidad le estaba propinando un duro gancho de derecha en el mentón.

Finalmente, al día siguiente, miércoles, el presidente recibió a Mariano Rajoy. Este le pidió también más recorte del gasto - es infinitamente más fácil pedirlo en la oposición que hacerlo en el Gobierno, pensaron en la Moncloa-y Zapatero replicó: "No habrá más medidas contra el déficit, estamos saliendo ya de la crisis y hacerlo ahora podría poner en peligro la recuperación".

Palabras que el FMI, la OCDE o la UE habrían suscrito sin pestañear apenas unos meses antes, pero que ahora, con la deuda pública de medio mundo bajo sospecha, chirriaban.

Precisamente, la crisis griega pone de manifiesto que el mercado está atiborrado de deuda pública y sólo recupera el apetito a precios astronómicos, usureros. Por eso los organismos internacionales instan ahora a los gobiernos con más necesidad de endeudarse a recortar gastos y reducir el déficit con rapidez. La ventana se cierra...

Y Zapatero parece recitar un guión para un momento del pasado, sólo unos meses, una eternidad en la presente crisis. Aunque reniegue, el programa de austeridad aprobado en enero pasado por el Gobierno, 50.000 millones de reducción del gasto público hasta el 2013, año en que el déficit volvería al 3%, buscaba precisamente tranquilizar a los ya inquietos mercados. Con esa misma lógica, cabe preguntarse ¿sigue teniendo ese plan ahora el mismo efecto sobre los mercados que cuatro meses antes?

El modelo de referencia ahora para esas finanzas globales desreguladas es Grecia, y en ese esquema la tijera de Elena Salgado parece de juguete. Grecia es el modelo, pero también es el problema porque no es la solución. En términos económicos, reduce la actividad y produce más recesión. Y sociales, sólo hay que ver las manifestaciones y choques violentos de las calles de Atenas que han recogido las televisiones de todo el mundo y que han sembrado la semilla del temor en ciudadanos y políticos. Y también entre los operadores de bolsa, que ya se preguntan cuánto tiempo resistirá el Gobierno de Giorgos Papandreu el descontento popular.

Zapatero replica a quienes le empujan hacia la solución dura: "Grecia ha hecho un sacrificio brutal y los mercados le siguen sacudiendo". El recurso a los mercados se ha convertido en un calvario; y la tragedia griega da miedo...

Le queda la apuesta de Bruselas, el rescate del euro que esta misma tarde intentarán dejar listo los socios europeos con el BCE al frente para que mañana mismo tranquilice a los mercados. Por si acaso, Zapatero dijo ayer en Bruselas que quiere acelerar los planes de austeridad. ¿Qué quiere decir?

"Es una batalla de la política contra los mercados. Los especuladores son nuestros adversarios. Por eso ahora debemos sopesar nuestras palabras con más cuidado que nunca y estar unidos". No se apresuren a atribuir la autoría de esas palabras. Son de la canciller Angela Merkel en la portada del Financial Times del pasado viernes.